



VIGILIA PASCUAL

Queridos hermanos,

Toda la historia de la humanidad, la creación en el primer día, nuestros padres en la fe, desde Abraham, Moisés y los profetas, todos los que sufrieron y rezaron a Dios, los que, contemplando el mundo y la historia de su pueblo, compusieron salmos y oraciones, toda la historia de la humanidad se encaminaba a este momento que ahora celebramos, a esta escena que acabamos de escuchar.

Aquella madrugada, en el primer día de la semana, las mujeres, queriendo aún cuidar y atender a quien habían querido tanto, a quien no olvidaban, fueron a su sepulcro.

La aparición del ángel, cuyo aspecto era de relámpago, ante el cual los soldados quedaron como muertos, vencidos sin remedio, y la tierra tembló fuertemente, no era la respuesta celestial a la violencia ejercida contra el Señor Jesús, que el ángel sin duda hubiera podido impedir, si Dios hubiera querido.

Pero este no era nuestro destino, que las fuerzas celestiales interviniesen para resolver la batalla, que nosotros no seríamos capaces de afrontar en este mundo.

Todo lo decisivo había ocurrido ya y el ángel era sólo su mensajero; expresaba la cercanía divina que respondía a quienes buscaban con tanto afecto a Jesús. El ángel, por honrar al Señor, compartiendo el deseo de las mujeres y con la cortesía de los cielos, mueve la piedra y les anuncia lo sucedido, lo que había pasado en el silencio. Sin que lo pudiesen detener los lazos de la muerte, sin necesidad ni de mover la piedra, Jesús había resucitado y dejado vacío el sepulcro, llevando a término la misión encomendada al nacer; y se manifestaba como el verdadero Señor de todas las cosas, también del tiempo, del espacio y de la materia.

Pero esta gloria, que el texto indica, no es descrita particularmente en estos momentos. Se nos muestra otra gloria, que nos toca íntimamente, que se corresponde con el corazón mismo también del Señor. El evangelista nos narra que el Resucitado, Jesús, de pronto salió al encuentro de las mujeres y les dijo: "alegraos", "no temáis", "id a decirlo a mis hermanos", mientras dejaba que lo abrazaran. Ellas, aunque conmovidas ante el esplendor de la presencia de Jesús, tuvieron el ánimo de abrazarle los pies.

Era realmente Jesús. En el silencio del sepulcro, habiendo recorrido todos los caminos del sufrimiento, habiéndose ofrecido en la cruz por sus hermanos, experimentado la muerte y bajado a los infiernos para abrir las puertas del abismo, Jesús resucita en la gloria del Padre, en unidad con el cual había hecho todo este camino.

¿Cómo no reconocer ahora el valor inmenso de su vida, de su entrega en Galilea y en Jerusalén, como Buen Pastor que da la vida por el rebaño? Todo había sido verdad, sus gestos y palabras, la misión recibida del Padre, la realidad de la salvación de los hermanos.

Ha resucitado el que nos ama y se entregó por nosotros a la muerte en cruz. El Padre lo ha querido así desde siempre, comparte este mismo amor, nos entrega al Hijo.

Ha resucitado el que nos amó y nos ama. Ha conducido nuestra humanidad a la gloria, ha abierto a nuestras vidas el horizonte verdadero y pleno, la familiaridad con Dios mismo.

Tanto ha valido su existir, su corazón, su Persona, que ha transformado para siempre el sepulcro, el destino de nuestra vida terrenal; y ha afirmado el valor de la existencia en la tierra de todos nosotros.

Para este destino creó Dios el mundo, para esto nos dio la vida a cada uno. Tanto puede valer el tiempo, la fatiga, las relaciones que componen nuestra existencia, vividas en la fe y en el amor.

No venció –no vencerá, no determinará nuestro destino– la fuerza de los soldados, que quedó fuera, sin intervención en este momento de la historia.

Brilla en cambio la alegría del corazón, que descubre con asombro que la verdad y el bien vividos, tan evidentes en su momento, no fueron en vano, no desaparecieron. Que la relación vivida con Jesús, aquella unidad llena de riquezas de humanidad y de promesas, de esperanza y de fe creciente en el Dios Padre misericordioso, era totalmente verdadera; y permanece en el tiempo, podrá seguir fundamentando e iluminando el camino de la vida.

Que la fraternidad gozosa a su alrededor no ha desaparecido, no ha podido ser destruida por las fuerzas de este mundo, ni por las mentiras, la violencia y la muerte.

Jesús resucitado lo confirma. Viene al encuentro de las mujeres; las conforta y confirma la relación con los que sigue llamando sus “hermanos”. Pero ahora la comunión con Él ha adquirido dimensiones nuevas. Porque es ya unidad con quien ha pasado por la muerte y la ha vencido, por quien ha rescatado del mal a sus hermanos y ha recibido la gloria plena de Dios Padre. Es comunión con quien es ya patentemente el Señor, el camino, la verdad y la vida.

Esto les mandará poco después: Id y enseñad a todas las gentes, y a quien crea, bautizadlo en mi nombre. Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.

El bautismo es nuestra unión con Cristo, la forma de nuestra participación en su ser y en su misión. Por este sacramento entramos en comunión con quien ha muerto y resucitado, y nos da parte en su Cuerpo y su Sangre. Participamos de todo lo suyo, también de su muerte y su resurrección, de los frutos de la cruz y de la vida nueva que se extiende como una gracia divina.

Nuestra unidad con Jesús es obrada para cada uno de nosotros en el bautismo, que nos da parte, real aunque misteriosamente, en su muerte y resurrección, en el perdón de los pecados.

Démosle gracias al Señor, por haberse entregado sin reservas a su misión, para salvar nuestro mundo, la existencia y las personas de cada uno; por su amor hasta la cruz. Démosle gracias por haber querido estar y compartir todo su ser con nosotros, si nuestro corazón, restaurado por su presencia, lo acepta de verdad.

Démosle gracias por nuestro bautismo, por ser suyos, miembros de su Cuerpo, de su familia; por participar de su Espíritu de caridad. Y pidámosle que esta comunión, esta mirada sobre el otro y sobre todas las cosas, esta caridad llegue a ser de verdad criterio y guía de nuestra existencia, sin que nos desvíen halagos o sufrimientos, sin que nos engañen teorías complicadas o nuestra propia soberbia.

Que la paz del Señor y la alegría gobiernen nuestros corazones, en los momentos fáciles y difíciles, gozosos o dolorosos.

El Señor ha resucitado, según las Escrituras. Alegrémonos. No lo dejemos en el olvido. Ayudémonos a recordar:

***Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? ... Pues ... ni muerte, ni vida, ... ni presente ni futuro... ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor.
(Rm 8, 31.38-39)***

+ Alfonso,
Obispo de Lugo